

MARIANA EVA PEREZ

Constanza y Matute

(HACEN LA PORQUERÍA)

emecé

Mariana Eva Perez

Constanza y Matute

(hacen la porquería)

emecé

Al Tokio las fotos no le hacían justicia. El frente de la antigua casa chorizo, convertida hace ya un siglo en local, con su toldo de chapa verde pastel medio caído y en cada ventana la leyenda CAFÉ-BAR en letras doradas dispuestas en abanico, todo eso se ve por fuera como prometían las fotos. Pero si las lámparas de filamento naranja colgando de los techos de doble altura amenazaban con alguna gentrificación, en vivo es más real y decadente, como las botellas de vino mediocre duplicadas en el espejo tras la barra de madera curva estilo art nouveau o los mosaicos calcáreos de un intrincado diseño en tonos de beige que piden un trapo a los gritos. Todo eso a Constanza le encanta, pero lo que le golpea el pecho de emoción es la concurrencia absolutamente nativa, parroquianos a los que todavía se puede llamar así, jubilados que se pasan secciones del diario en papel de mesa en mesa, viudos que desayunan sólido después de un primer mate a solas y que comentan los zócalos del noticiero que transmite en silencio un televisor ubicado en lo alto. Constanza no llega a leer pero los nombres de estos y otros clientes están escritos en las botellas de vino, abiertas, que se espejan del otro lado de la barra. Está más animado de lo que ella esperaba y es la única mujer.

Hay un ambiente pequeño anexado al grande, parte de lo que debió ser el patio central original de la casa chorizo, pero Constanza descarta sentarse ahí atrás porque no tiene otra salida. Busca el baño, lo encuentra en el patio al que da también la cocina y del que parte una escalera. Todas las casas de la manzana son bajas, lo vio al llegar: es cuestión de saltar por terrazas y techos para huir. Está repitiendo rutinas de contraseguimiento que le enseñaron compañeros de sus padres. Aunque le dé risa jugar íntimamente a la cita clandestina cada vez que se reúne con alguien en un bar, lo cierto es que desde que lo aprendió nunca pudo desactivarlo y al cabo de los años se dio cuenta de que invertía mucha menos energía en identificar vías de escape que en cuestionárselo. El Tokio tiene doble circulación, Constanza de pronto no recuerda si eso es bueno o malo para la guerrilla urbana. Aunque sabe que debería evitar las ventanas, es un chiste interno, no otra cosa, y esa mesa libre que mira al final del pasaje es demasiado tentadora. Cumple al menos la parte de sentarse de frente a las puertas.

Se toma un primer cortado mientras deja vagar la mirada por la esquina. Espera una deformidad visible y por eso no lo reconoce. Lo ve caminar por la vereda de enfrente de Álvarez Jonte y solo piensa: “Le doy”. Es una estrategia que desarrolló para evadirse de situaciones que le producen ansiedad, examinar a los tipos presentes y etiquetarlos de un golpe de vista: “le doy” o “no le doy”. En las puertas de embarque, en los congresos, en las embajadas, en los metros, los tranvías, los funiculares, incluso en las exhumaciones, cuando algún detalle particularmente sórdido le pide urgente un cambio de

enfoque. Colegas, sepultureros, funcionarios, fotógrafos, nunca policías: “le doy”, “no le doy”. Adentro del Tokio no le da a ninguno, huelga decirlo, pero a él lo ve cruzar la avenida por la esquina sin semáforo ni senda peatonal, el buzo canguro estirado, el pantalón cargo, las zapatillas, todo de un gris verdoso indefinido, el pelo lacio sucio, un poco largo y ya sin forma, un flaco que está arreglando algo en casa y se quedó sin tarugos y sale así como está a la ferretería, nada del otro mundo, pero le da. No lo reconoce porque no le ve nada raro en ningún brazo (tiene las manos en el bolsillo del buzo), pero sobre todo porque lo tagueó “le doy” aunque es muy alto, ahora que cruzó y se acerca se da cuenta, antes no porque es proporcionado y no tiene el andar desmañado de los altos. A Constanza en general los altos no le gustan, dice ser de estatura media pero es una mentira piadosa que solo le funciona en América Latina y los altos no le resultan para nada ergonómicos. Pero a este que acaba de entrar por la puerta de Jonte y debe medir un metro noventa y cinco centímetros le da, a este que pasa por delante de las fotos de clientes ilustres como Ubaldini, Pappo y Maradona y por delante del mural que reproduce a mano alzada y tamaño natural *El triunfo de Baco*, sin mirar nada de toda esa parafernalia kitsch porque la mira a ella, viene hacia ella y tiene que ser Matías Lorenzo Agüero.

—¿Constanza?

—¿Matías?

Ella duda como si tuviera algún sentido, porque no puede creer que este sea él cuando Diego dijo tullido y larva. Matute se sienta sin darle un beso y con un mo-

vimiento rápido de la mano derecha saca la izquierda del bolsillo y acomoda el brazo sobre la mesa de fórmica verde. Constanza trata de no mirar la maniobra y tampoco evitarla. Por la vista periférica ingresa la imagen de un brazo chiquito. Con los encuentros, aunque no pueda mirarlo de frente, se irá dando cuenta de que el brazo no es exactamente chiquito, nada en Matute lo es, pero está como entumecido o pegado al cuerpo, aunque puede despegárselo con la ayuda de la otra mano, como si fuera un bloque o una prótesis. Un día va a hacer calor para ese buzo con bolsillo al frente que le sirve de cabestrillo, él va a venir en remera y ella va a comprobar con una mirada de reojo y un desmayo interior que el otro brazo, el derecho, es más musculoso, más torneado, no grosero, solo lo justo y necesario, y que el brazo supuestamente chiquito es, en efecto, más chico, aunque luce como un brazo normal si está quieto y no se lo compara. Pero hoy Constanza no lo mira, no va a hacerlo hasta que él saque el tema.

Matute, en cambio, la examina todo lo que puede. Él también tenía otra imagen en la cabeza. No se esperaba este aspecto tan cuidado, el pelo organizado en ondas perfectas, oscuro en la raíz y desteñido en las puntas, el maquillaje justo, sería incapaz de precisar qué tiene pero le parece acorde al horario y la situación, no así la camisa negra con lunares rojos, elastizada (tampoco tiene forma de saberlo), que le aprieta las tetas. Levanta la vista y los ojos de ella acusan: “me estabas mirando las gomas”, pero se arrepiente enseguida porque en realidad no le importa, solo le chocó la falta de disimulo. Matute lee el reproche de Constanza en sus ojos como en un libro y se pregunta cómo va a hacer para abstraerse de las tetas el

resto del encuentro. Gira para buscar al mozo y hacerle el gesto del pocillo de café. Cuando vuelve a sentarse de frente, se encuentra con una sonrisa que no entiende.

—¿Qué pasa?

—Ese gesto. Es de viejos. No te lo tomes a mal. A mí también me criaron mis abuelos.

Él la observa distinto, como si fuera un ejemplar todavía más exótico de lo que ya era. Es el primero de varios cafés en El Tokio. Una vez se van a encontrar a la tarde, van a pedir una cerveza. Pero esta no es esa vez. A Constanza le gustaría seguir hablando de su abuelo, contarle por qué los martes merendaban en un café parecido a este, qué hacía Celia mientras tanto en la casa de las Abuelas y qué se imaginaba ella, pero en cambio dice:

—Primero, gracias. Gracias por reunirte conmigo. Yo trabajo, como te conté, en el Grupo de Antropólogos Forenses Argentinos desde hace muchos años, mayormente en misiones en el extranjero, el último tiempo acá. Nuestro trabajo es recuperar e identificar los restos de personas desaparecidas, o sea, establecer a quiénes corresponden esos huesos, quiénes fueron en vida. Por medio de un análisis de sangre, en nuestro laboratorio genético y de manera totalmente gratuita...

Pero cuando dijo restos, Matute dejó de mirarla para pasar a mirar fijamente su café y desde la palabra sangre se desliza por la silla Thonet como si semejante humanidad pudiera esconderse detrás de la minúscula taza de loza, mientras el brazo izquierdo queda un poco rezagado sobre la mesa. Constanza no sabe si reírse o asistirlo.

—¿Estás bien? ¿Querés agua? —Matute sacude la cabeza—. Estás pálido. ¿Necesitás ir al baño? —Vuelve

a negar—. ¿Querés que pidamos unas medialunas? Yo no desayuné.

—Yo tampoco —murmura él.

Constanza se acerca al mozo que está acodado en la barra. Matute no finge, se siente al borde del desmayo, pero igual le relojea el culo, metido con calzador en un jean negro.

—Ya las traen. ¿No querés... sentarte bien y tomarte el café mientras tanto?

—Lo estoy dejando enfriar.

—Ya debe estar. Ponele azúcar.

—No me gusta dulce.

—Pero te va a hacer bien. —Constanza mira el sobre-cito—. ¿Te ayudo?

—Si no querés que lo abra con los dientes.

—No, no quiero. —Constanza sonrío, porque a pesar del aire trágico de él le pareció que era un chiste y le hizo gracia—. Yo también soy hija de desaparecidos. —Es una carta que se permite jugar cuando hace falta y lo hace ahora, mientras revuelve el café—. Yo sé cuánto duele todo esto. Y que no se pasa con el tiempo. No quiero hacerlo peor. No vine a eso.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿De qué querés hablar?

—De otra cosa. No me gusta hablar de esto.

—Está fresco, ¿no? ¿Yo recuerdo mal o ya tendría que hacer más calor en noviembre?

—¿El tiempo, de verdad?

—¿Series? ¿Alguna recomendación?

—Ninguna. No miro. Qué asco el café dulce.

—Pero te cambió el color. ¿Qué se hace en Buenos Aires a esta altura del año?

—Ni idea, no salgo mucho.

—¿Y por acá qué te gusta hacer? Vivís cerca, ¿no?

—Para qué me preguntás si ya sabés todo: dónde vivo, a qué escuela fui, qué discapacidad tengo, los nombres de mis viejos, de mis abuelos, de mi gato...

—Del gato no. No sabía que tenías un gato.

Llegan las medialunas, ella atina a servirse una y él se come todo el resto de un tirón. Cuando termina, aclara:

—*Ahora* tengo un gato.

Constanza sabe que *entonces* tenía un perro, al que los milicos mataron a tiros en el operativo. Parece que él fuera a hablar de eso pero no, no dice nada más y pasa un rato haciendo girar la cucharita sobre la fórmica verde entre los dedos de la mano derecha, que son largos como los de un pianista e independientes como los de un croupier, levantando cada tanto la vista como si esperara que ella hable.

—¿Y cómo se llama el gato?

—No tiene nombre.

Constanza se ríe. Matute la mira de nuevo con interés. Pero ella se impacienta:

—¿Qué sabés de lo que pasó? ¿Qué se contaba en tu casa?

Matute se levanta.

—Te dije que no quería hablar de eso.

—Esperá.

—No te invito porque seguro que paga tu empresa.

—No es una empresa.

Pero Matute ya se fue.